

---

## EL PATRIOTISMO ESPAÑOL.

---

Uno de los sentimientos más profundos y más vivos del corazón humano, es el amor á la pátria. Al suelo en que nacimos, ligamos involuntariamente nuestros amores, nuestros ensueños, nuestras esperanzas, toda nuestra vida. Aunque por nuestro espíritu, por nuestras ideas, seamos más libres que el aire, y nos dilatemos en el seno de lo infinito, por nuestros sentimientos, por nuestros recuerdos, nos unimos á la pátria como el árbol agarra fuertemente sus raíces á la tierra en que ha brotado. Síntesis el hombre de la naturaleza y del espíritu, que en su sér se penetran y se armonizan; si por su inteligencia, por su razón, pertenece al mundo de las ideas, donde

reina lo incondicionable y absoluto, por su organismo pertenece á la tierra, y vé en sus átomos los filamentos de su carne, la médula de sus huesos, y se une tan fuertemente á ella, como el alma está en nosotros unida, con lazos misteriosos é inquebrantables, al cuerpo; y de aquí esos heroicos sacrificios que los hombres de todos tiempos y países han fieramente arrostrado por la pátria, sacrificios de que se encuentran mudos pero elocuentes testimonios en todas las páginas de la humana historia. Cuando recordamos absortos que en la tierra del suelo pátrio yacen las cenizas de nuestros progenitores; que en su seno hemos de levantar los hogares de nuestros hijos; que su clima, sus rios, sus montañas, determinan hasta nuestro carácter; que su historia nos identifica con todos los tiempos y dilata en lo pasado el breve suspiro de vida que nos toca en suerte, la pátria se nos ofrece como el único templo en que puede arder el fuego de nuestro espíritu. Y si no, observad esas razas desgraciadas que no tienen pátria, que andan errantes y dispersas por el globo, porque la fuerza bruta ha segado el árbol donde anidaban sus corazones, observadlas, y vereis la tristeza pintada siempre en su rostro,

las lágrimas luciendo siempre en sus ojos, la desesperacion hirviendo siempre en su pecho; y así viven vida lánguida y triste, y mueren muerte lastimosa, porque ni siquiera tienen el consuelo de mezclar sus cenizas con las cenizas de sus padres. El espíritu del hombre no ha nacido para vivir y morir en sí, encerrado en su frio egoismo, sino para crecer y dilatarse en el seno de la familia, de la pátria, de la humanidad, que son grados de nuestra vida. Todo lo que está en armonía con la ley de la naturaleza, es justo. Por eso los pueblos han sembrado de flores el arca donde se consuman grandes sacrificios por la pátria; por eso la historia guarda sus más espléndidas coronas para los héroes y los mártires de la pátria; por eso el más disculpable de los fanatismos es el fanatismo patriótico. ¡Oh! Sea lo que quiera la suerte de nuestra pátria, ora se levante emporio de la grandeza, ora caiga más abatida aún, nosotros, los que nos gloriamos de ser sus hijos, le consagramos siempre los sentimientos más vivos del corazón, la miramos como la tumba sagrada que encierra todo cuanto de grande y caro nos ha precedido en el tiempo, le ofrecemos contentos la vida que nos ha dado, y pedire-

mos á Dios que nos consienta morir en su regazo, retratar en nuestra última mirada sus claros cielos, y reposar donde reposan nuestros padres.

Este sentimiento siempre vivo en los individuos, debe ser aún más intenso y profundo en los pueblos. Las naciones que no tienen vivo el amor de su propia independencia, pronto desaparecen de la haz de la tierra, arrolladas por otras naciones más grandes. Nunca se conoce si un pueblo conserva los sentimientos que le han de mover en la persecucion de la obra que Dios le destina, como en esas ocasiones en que un peligro le amenaza, ó una mano enemiga le hiere. Si en tan supremos instantes mira ese pueblo con fria indiferencia su porvenir; si es insensible á las heridas abiertas en su honra, su muerte es inevitable, porque la vida no se conoce tanto en la salud del organismo como en los grandes sentimientos y en las sublimes aspiraciones que poseen el alma de los pueblos llamados á maravillosos destinos. Nosotros hemos deseado siempre, que España, que nuestra pátria tuviera ocasion propicia de mostrar que no ha perdido su pujanza, que no ha degenerado en su ardiente patriotismo. Nos dolía en el alma esa desesperacion que atormentaba á todos los

espíritus, esa desconfianza que enflaquecía nuestras fuerzas, ese menosprecio con que soliamos hablar de nosotros mismos, ese quejido continuo que se levantaba de nuestro teatro, de nuestra poesía lirica, de todas nuestras artes, como para decir á los extraños, que el pueblo español, el gran pueblo guerrero, navegante y poeta, habia muerto, y solo esperaba un sepulcro donde dormir en paz su último sueño. Nosotros no podiamos resignarnos á creer para siempre perdida la nacion que tantas veces asombró al mundo, y estudiábamos la historia, y seguíamos con ávidos ojos el camino de nuestro pueblo por el tiempo; y la historia nos enseñaba que cuando más abatido parecia el pueblo español, más grande se levantaba; que despues de todas sus épocas de decadencia y postracion, hacia un esfuerzo heróico y se transfiguraba; que un período de angustia traia siempre un período de gloria, y así como de la envilecida época de Rodrigo nacieron los héroes de Covadonga, y de los tristes tiempos del último de los Enriques, los que clavaron la cruz en la Alhambra y ensordecieron los aires con el ruido de sus armas y encontraron un Nuevo-Mundo en el ignorado Océano, y de aquella fatal edad de Cár-

los IV, los mártires que se sacrificaron en Bailen, y en Zaragoza, y en Gerona, é hirieron en la frente al gigante del siglo; así como de estas épocas tan tristes se habia levantado España con nuevo brio á gloriosas empresas, esperábamos que en este nuestro siglo no habia de desmentir su carácter, no habia de faltar nunca á los grandes y maravillosos destinos que le están reservados en la historia.

No nos hemos engañado. Nuestros presentimientos se han cumplido. España, levantándose de su postracion, ha mostrado de nuevo que su espíritu está siempre vivo, que su patriotismo es inagotable. Una corriente eléctrica se ha extendido desde uno á otro extremo de la Península, y ha despertado en la heróica raza española su antiguo ardimiento, que ha sido el secreto de su grandeza. ¡Espectáculo consolador, espectáculo grandioso! El soldado se apercibe á la lid, anhelando dar su sangre por la pátria; el pueblo ofrece sus hijos y sus ahorros para la guerra en que está empeñado el honor nacional; los contribuyentes se aprestan á todo linaje de sacrificios, aún los más gravosos; los ayuntamientos y las diputaciones populares se congregan para señalar pre-

mios honrosísimos á los que levanten más alto nuestro nombre en los combates; los partidos políticos se unen bajo la enseña nacional; los poetas solo aciertan á sacar de sus liras los acentos del patriotismo; las provincias se identifican, á pesar de su distinta índole, en el patriotismo de todas, la débil mujer prepara bálsamos é hilas para las heridas de nuestros mártires; el sacerdote, al pié del santuario, invoca al Eterno para que bendiga nuestras gloriosas armas, y una sola voz y un solo acento se oye desde el Pirineo hasta Cádiz, la voz de la nacion española, á cuyo eco tantas veces han temblado los eternos enemigos de la civilizacion cristiana.

Todas las provincias de España han mostrado que el sentimiento de la nacionalidad es hoy tan vivo como en 1808. El cántabro ha extendido las banderas de la pátria bajo el árbol de Guernica, y ha llamado á sus tribus á la guerra con la misma palabra que las llamaba contra Augusto y Carlo-Magno y los Abderramanes. Galicia ha saludado alborozada las naves que llenas de tropas se apartaban de sus costas para llevar la guerra á nuestros enemigos, y les ha señalado ya el camino de la victoria, tantas veces hollado por sus in-

domables navegantes. Cataluña ofrece sus hijos, aquellos indomables hijos que fueron los reyes del Mediterráneo, que clavaron el pabellon de la patria en Siracusa, en Nápoles y en Palermo, que llevaron sus armas victoriosas al Bósforo, que se ciñeron inmarcesibles laureles en Constantinopla y en Athenas, que pisaron el suelo sagrado del Oriente, para detener un dia más el torrente invasor de los turcos, que alzaron la cruz dirigidos por reyes como Pedro III y Alfonso V en las costas del África. Navarra desde sus montañas, levanta el amor de guerra, recordando que el más bravo y fuerte de sus hijos saltó la cadena del jefe de los Almohades en los gloriosos campos de las Navas. Aragon siente despertarse aquel su antiguo heroismo, que brilló como el rayo de la guerra, desde las nevadas montañas de Jaca hasta las plácidas orillas del Mediterráneo, siempre coronado de la victoria. Valencia, desde el fondo de sus jardines, teje coronas para los hijos de la patria que van á llevar el fuego de nuestra civilizacion y de nuestra vida á extranjero suelo como sus antiguos héroes. La oriental Andalucía siembra de flores el camino de nuestros ejércitos, y los saluda, y les señala en cada campo una bata-

lla, en cada piedra un recuerdo, en cada ciudad un sacrificio, en cada árbol la cifra del nombre de un héroe, en cada pliegue del aire el eco de un romance morisco, en cada átomo de aquella tierra una gota de la sangre derramada durante siete siglos por rescatar tan hermosa region de la esclavitud, y arrancarla de los serrallos del árabe. Astúrias, las dos Castillas; pero ¿á qué cansarnos? todo el país, sin distincion de provincias, todos los españoles, sin distincion de clases, han mostrado que el amor de la patria, léjos de extinguirse en el siglo XIX, como pretendian los enemigos de nuestras libertades, se ha acrecentado, porque la libertad engrandece y santifica todo lo que es verdaderamente natural en el corazon del hombre. Vengan ahora los que nos creian muertos, los que imaginaban perdida nuestra antigua entereza, los que pensaron atarnos al carro de extranjero rey, herido ya y sepultado por el rayo de la revolucion; vengan los que intentaron hacer de España la Polonia del Mediodia, y contemplen que si en una guerra puramente política, en una guerra extranjera, el sentimiento pátrio se despierta con tanta viveza, en una guerra nacional, por nuestra independenciam, por nuestros hogares,

volveríamos á ser los héroes de 1808 , volveríamos á escribir una iliada en las piedras de nuestras ciudades, en la tierra de nuestros campos.

En verdad, ¿quién no se entusiasma delante de este maravilloso espectáculo de un pueblo que se levanta, de un pueblo que combate por su honra? Soldados : llevais en vuestras armas el fuego sagrado de la pátria. La causa de la civilizacion es vuestra causa. El cielo os ha escogido para cumplir sus grandes fines en la historia moderna. Vais á abrir un nuevo camino á la idea gloriosa del progreso. Dios desde el cielo os enviará el aliento que envia á todos los que pelean por la eterna causa de la justicia. Mirad en esas razas hermanos vuestros, hombres como vosotros, que necesitan despertarse á la vida de la libertad y del espíritu. El mundo entero os contempla. Sois los hijos de los que en Oran, en Túnez, en la Goleta coronaron sus radiantes frentes con las palmas de los desiertos. Vosotros sois los depositarios de nuestra honra nacional. Es necesario que demostréis al mundo que España ha sacudido su letargo , y se ha levandó á ser un gran pueblo. Europa os contempla extasiada, España entera os alienta, la victoria os aguarda , el cielo os bendi-

ce. Algun dia , cuando el sentimiento de libertad caiga como el sol de un nuevo dia sobre los corazones de esas razas que os combaten, os bendecirán , porque habeis sido la voz de la Providencia que los ha llamado á la vida. Es muy grande trabajar por la civilizacion y combatir por la pátria.

Noviembre 22 de 1859.